

Domingo XIX del Tiempo Ordinario (08-08-21)

Homilía de Monseñor Carlos Castillo

(Transcripción)

Hermanos y hermanas, continuamos en estos domingos comentando el capítulo 6 del Evangelio de Juan. Y este capítulo es sumamente importante porque Jesús nos ha entregado el signo del pan que es Él mismo que se da a nosotros en comida, dice el texto, para la vida eterna.

Vamos a explicar la situación en que está el pueblo de Israel y cómo es posible que nosotros podamos alimentarnos de ese pan, y cómo podemos vivir la vida eterna. La primera cosa viene escondida en el texto del Libro de los Reyes (19,4-8): Elías está siendo perseguido por la reina del norte que se llama Jezabel, porque él ha mandado una sequía pidiéndole a Dios que castigue al rey porque se ha portado mal. Y lo persiguen por haber hecho esa desgracia, haberle pedido a Dios que - como ciertamente Dios a Elías le había dado todo su favor, toda su protección para ser profeta - Elías en un arranque fuerte dijo: mejor le mandamos una sequía (y además mando matar a cuchollo a los sacerdotes de Baal, por "celo de Yahve"). Y entonces la reina manda inmediatamente a perseguirlo, y Elías viene agitado caminando por el desierto, ya no puede más y dice: "yo no soy superior a mis padres, toda mi vida ha sido una ruina, quítame la vida", y se desmaya. Pero el Señor le manda un ángel y le da un pancito para comer. Y ese pan le da una fuerza enorme para luego seguir el camino. Pero el ángel le dice: "todavía el camino es largo y necesitas esta fuerza para seguir adelante". Esto quiere decir que todo el texto que estamos leyendo hoy día del pan bajado del cielo, tiene que ver con nuestras angustias, dolores, sufrimientos, problemas, complicaciones en el camino de la vida que es difícil. Y es palabra de aliento y alimento para seguir caminando.

En ese sentido, el texto tiene algo muy importante. Cuando llega a Horeb - eso no lo cuenta el texto de ahora - Elías creía que yendo al monte donde se había dado la Ley tendría las fuerzas para

mandarle otro golpe a los que lo perseguían. Y por eso él pensaba que Dios iba a estar en la tormenta, en el huracán, en los rayos, en los truenos y relámpagos, porque así se dio La ley. La Ley de Israel se dio con truenos, relámpagos y con miedo. ¿Y dónde se apareció a Dios? ¿Para qué subió finalmente Elías al monte Horeb? Para sentir la brisa. Y Dios se reveló en la brisa, en donde menos tenía pensado Elías que Dios podía estar.

¿Y qué importancia tiene esto? Ya tenemos en el Antiguo Testamento el germen de una búsqueda y de una revelación de Dios como un Dios sutil, un Dios que sabe meterse en nuestros problemas y encontrarlo escondido dentro de la situaciones y revelado, además, dentro de las situaciones como Jesús. El pueblo de Israel que está en Cafarnaúm, en una zona desértica, ha visto el mismo signo. ¿Para qué Jesús hizo que se compartiera el pan, llenar a la gente, y que sobrara? Para mostrarles que Dios siempre nos acompaña y atiende nuestras necesidades. Pero no solamente quiere eso, atender nuestras necesidades con milagros que Él hace para nosotros con signos, sino que nosotros estemos alimentados de Él para también nosotros ser milagro. Y por eso, entonces, no solamente es que se trata de que se sacie a la gente - porque la gente cuando se sacia inmediatamente lo trata de hacer rey; inmediatamente piensan en sus necesidades humanas y buscan soluciones humanas - Y eso está bien, *pero es insuficiente para caminar el largo trecho de la vida*. Y mucho menos el largo trecho de la historia de la humanidad que estamos viviendo hoy día.

Necesitamos un pan no solamente más grande, sino más profundo que nos permita “desde los riñones”, como dice el Antiguo Testamento, desde los riñones de la humanidad, desde las vísceras, nosotros siempre mantener la esperanza porque nuestro Dios no es un Dios que se agota con un milagrito, es un Dios que quiere que la humanidad sea una *humanidad divinizada*, no en sentido de que se endiose y se crea la ‘divina pomada’, sino de que pueda *irradiar dentro de sí el mismo amor de Dios*.

Por eso San Pablo dice en la Carta a los Efesios (4,30–5,2): “**Sean imitadores de Dios**” ¡Nada menos! Que no significa ‘endiósense’, háganse ‘los papacitos del mundo’, los que pueden hacer y deshacer con los demás como les da la gana, sean de un lado o del otro, hagan lo que les dé la gana porque son divinos. ¡No! Porque a Dios, la gana de Dios ha sido amar, hagan lo que Dios les ha introducido a ustedes: la capacidad de amar como El, gratuitamente. ¿Y para eso qué necesitamos? La fe, la fe no la construimos nosotros.

¿Se han dado cuenta que a todos nosotros “nos han pasado la voz el que Jesucristo ha muerto y resucitado”? Tengo un amigo que siempre decía: “Uno es cristiano, porque le pasan la voz”.

Todos somos cristianos, porque alguien nos pasó la voz. ¿Cómo me pasaron la voz a mí? La mamita, desde chiquito me enseñó: “En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo”. Inclusive cuando damos un halago a una persona: ¡Ay Dios! Nos comunicamos a Dios permanentemente porque Él nos ha hecho a su imagen. Y toda persona en medio de todos sus problemas, en el fondo de todos sus deseos, inclusive de sus ambiciones, como dice Vallejo “contiene no sé qué fondo de Dios” ¡Mucho más los pobres!

¿Se acuerdan cuando en el Centro de Lima vendían los guachitos? Eso era el suertero, el que gritaba: ¡La de a mil! Y Vallejo dice:

“El suertero que grita "La de a mil",
contiene no sé qué fondo de Dios(...)
Yo le miro al andrajo. Y él pudiera
darnos el corazón(...)
por qué se habrá vestido de suertero
la voluntad de Dios!”

Quiere decir que la voluntad de Dios está metida en la historia. Y uno de los problemas que tienen los judíos de este relato, que no es el pueblo judío, si no son los judaizantes, el grupo que defendía que la única manera de adorar a Dios era obedecer la ley a rajatabla y temer. Jesús está proponiendo algo que está en la promesa inicial de Israel: que Dios bendecirá a la humanidad, es la promesa a

Abraham, el Dios de la promesa. Lo de Moisés parece que ha sido importante, porque el pueblo en un momento estaba descarriado y necesitaba un orden, pero no es suficiente el orden.

Sin que el Señor nos llame a nosotros no hay fe, por eso es que Jesús inspira a sus discípulos, éstos la comunican a nosotros y siempre dependemos de quién se ha revelado. ¿Y quién se ha revelado? Dios a través de Jesús. Y así recibimos poco a poco todos la fe. Y ustedes, todos los aquí presentes y todos los televidentes, hombres y mujeres, todas las familias, somos discípulos en salida, evangelizadores. Y en eso estamos haciendo toda nuestra reforma de la Iglesia de Lima, según la perspectiva que el Papa Francisco ha retomado del Concilio Vaticano II.

Y entonces, cuando todos recibimos porque nos damos la fe, damos lo que se nos dio y lo compartimos, y empezamos a adquirir la capacidad de comprender qué está diciendo Jesús. Me está diciendo que Él es el Pan bajado del cielo pero el grupo de judíos se escandaliza y prefiere decir: “¿Este carpintero nos viene a decir eso? ¿Este pichiruchi nos viene a decir eso? ¿Este saltimbanqui viene a hablar así?” Y lo hacen porque en el fondo, estaban amarrados a la tradición que tenían y no querían salir de ella.

Eso, hermanos y hermanas, nos pasa a todos los humanos: una vez que adquirimos algo ya no queremos cambiar. Y como todos hemos sido creados a imagen y semejanza de Dios y nuestro Dios cambia - porque es un Dios abierto que crea alguien distinto y luego tiene que convivir con él y tiene que estar cuidándolo, es como una madre - entonces, nosotros nos dinamizamos y buscamos nuevas formas de vivir, nuevos retos, respondemos a ellos y tenemos, sobre todo, que responder con apertura así sean muy difíciles.

Y por eso, para tener la fuerza de resistir los males y la fuerza de inspiración para crear algo nuevo en medio de los males, necesitamos una fuerza super-humana. Ya uno de los autores peruanos más interesantes dice: “El hombre, como la filosofía lo define es un animal metafísico... No se puede vivir sin una esperanza super-humana”. Y lo dice alguien que era creyente, pero también medio filósofo con sus ideas, pero muy interesante. Pues bien, el Señor es la respuesta a nuestra esperanza super-humana

para que nos alimentemos de Él, podamos caminar en medio del sufrimiento y encontrar soluciones creativas e inteligentes para dar vida.

Ayer recordé en el programa que ha habido hasta 4 signos que me han impresionado. El primero es que ha salido una propaganda sobre crear una asociación de empresarios solidarios. Ése es un signo que nos alimenta hermanos, así como el Señor dice: “Yo soy el Pan de vida, para que tengan vida eterna”, todos los gestos que hacemos en la historia son como signos del bien común que nos alimentan. Mencioné también ayer el caso de un empresario que acaba de pagar una deuda de millones de soles. Es una suma enorme ¡Pero qué bien! Es de elogiar, eso alimenta nuestra esperanza de que podemos solucionar problemas, que podemos abrir la mano y servir y ayudar a que la gente vaya adelante. Un tercer ejemplo lo he escuchado en las noticias: “Hay que rectificar, hay que corregirse, hay que cambiar”. Lo he escuchado en muchas personas, en muchas entrevistas. Hay un deseo de corregirnos mutuamente, y eso es muy importante porque a veces uno se cree superior como diciendo ‘yo soy la mamá de Tarzán’, entonces ‘yo afirmo lo que quiero porque yo no me equivoco’. Todos tenemos que corregirnos, todos, desde el Arzobispo hasta el último fiel, creyentes o no creyentes. ¿Y por qué esto es tan importante? Porque es un signo de que ya estamos dándonos cuenta de que tenemos que resolver las cosas conversando, como dice también el texto: “perdónense mutuamente, estén siempre alegres, desechen la amargura, la ira, los enojos, los insultos y toda clase de maldad”. Eso que hemos vivido en los últimos tiempos tenemos que superarlo juntos, ayudándonos mutuamente y pidiendo perdón también.

Y por último, este ejemplo precioso de que en Ayacucho los campesinos de las alturas han bajado a la ciudad, han ido a ver a las enfermeras y a los que están haciendo las vacunaciones, han cargado las cajas frigoríficas con las dosis de vacunas y se han subido por los senderos más estrechos para vacunar a toda la

gente. ¡Es como un bautismo! Porque con eso renacemos también en esta vida.

¿Qué nos lleva a hacer esas cosas? La vida eterna que ya estamos viviendo hoy ¿Qué es la vida eterna? La vida en el amor, ésa vida existe hoy y existirá para siempre en el Reino de Dios cuando el Señor nos abra los brazos a todos y nos resucite. Mientras tanto, hoy podemos ser cristianos resucitados, ahora compartiendo el pan y el pan del cielo; felizmente que ahora podemos abrir los templos para “comer al Señor”, como dice el texto para “masticar” el pan, para saborearlo. Y una segunda cosa muy importante es que ese pan de vida que comemos, lo podemos testimoniar. Y también son pan todos los que son como Jesús, compartidores de su vida. Jesús compartió su vida definitivamente en la Eucaristía que Él fundó antes de morir el Viernes Santo. Y luego Él se partió por nosotros en la cruz.

Ese camino es el camino que nos conducirá a la plenitud de la resurrección y de la vida, a la felicidad y a la solución de los problemas aquí en la tierra también, o sea, el Señor nos ha llenado de sentido nuestra vida y no se puede actuar ni vivir sin sentido. Por eso es que siempre que hay un problema, la Iglesia dice: “fíjense qué valor tiene, hacia dónde va, hacia dónde se dirige”. No basta hacer las cosas, hay que hacerlas con el sentido que Dios quiere que es la felicidad de todos, del bien común. Y por eso necesitamos unirnos para hacer todas las iniciativas que vengan inspiradas por el Señor. Si el Padre no nos inspira y no nos dejamos inspirar o nos encerramos en nuestras costumbres de decir: ‘que a mí no me va a decir nadie que yo tengo que ser flexible, sino que tengo que ser duro’, entonces, cabeza dura, finalmente tristeza y muerte. El Señor quiere nuestra vida, no quiere nuestra muerte.

Que Dios los bendiga a todos y nos proteja a todos y nos haga abiertos, dialogantes, críticos, inteligentes, no murmuradores pero sí lúcidos. Que Dios los bendiga porque el Señor quiere que nuestra fe sea una fe inteligente, y sobre todo, profundamente amorosa y comprometida con los que más necesitan y con los más frágiles.